

EL ALCÁZAR

DIARIO TRADICIONALISTA

Juan Labrador, 6, pral. - TOLEDO - Teléfono 1458

EDICION DE PROVINCIAS

RESUMEN INFORMATIVO

	Págs.
Más de 200 bajas sufrió el enemigo en Villaharta	2.ª
Los rojos empiezan a niños para cortar las alambres	2.ª
El Brasil declara fiesta nacional el 12 de octubre	3.ª
El ejército rojo está incapacitado para guerrear	6.ª
El representante nacional ocupa la Legación en Tokio	3.ª

Año II

Martes 20 de Abril de 1937

Núm. 235

Después de su trascendental discurso, el Generalísimo decreta la unificación del Requeté y la Falange

En el nombre sagrado de la Patria y en el de los caídos por ella en esta Santa Cruzada

En el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto desde siglos por una España grande, única, libre y universal, me dirijo a nuestro pueblo para decirle: Estamos ante una guerra que reviste cada día más el carácter de cruzada, de grandiosidad histórica y de lucha trascendental de pueblos y civilizaciones; una guerra que ha elegido otra vez a España en la historia como campo de tragedia y honor para resolverse y traer la paz al mundo en lo que pide hoy. Lo que empezó el 17 de julio como una contienda nuestra y civil, es ahora una llamada que iluminará el porvenir por centenas.

Unificación

Con la conciencia clara y el sentimiento firme de mi misión ante el mundo en estos momentos, de acuerdo con la voluntad de los combatientes españoles, pido a todos una sola cosa: Unificación. Unificación para terminar enseguida la guerra, para acometer la gran tarea de la paz, cristalizando en el Estado nuevo el pensamiento y el estilo de nuestra revolución nacional. Esta unificación que yo exijo en nombre de España y en el sagrado nombre de los caídos por ella, no quiere decir conglomerado ni concentraciones gubernamentales ni uniones más o menos patrióticas y sagradas. Pido unificación en la marcha hacia un objetivo común, tanto en lo interno como en lo externo, tanto en la fe y en la doctrina como en sus formas de manifestarlas ante el mundo y ante nosotros mismos. Para esta unificación sagrada e imprescindible, ineludible, que está en el corazón de todos y que ahora esas minúsculas diferencias personales el enemigo alienta con su habitual perfidia, me bastaría con invocar la urgencia de aquellas dos grandes tareas como acabo de hacerlo; pero es que también existen razones profundas e históricas para ello en la marcha de nuestro movimiento nacional. En este instante en que Dios ha confiado la vida de nuestra Patria a nuestras manos para regirla, nosotros recogemos una larga cadena de esfuerzos, de sangre derramada y de sacrificios que necesitamos incorporar para que sean fecundos y para que no puedan perderse en esterilidades canónicas o en rebeldías egoístas y soberbias que nos llevarían a un terrible desastre digno sólo de malditos traidores y que cubrirían de infamia a quienes lo provocaran.

Tres etapas de nuestro Movimiento Nacional

El movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto: Un movimiento más que un programa, y como tal está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora a medida que la realidad lo aconseje. No es cosa rígida ni estática, sino flexible, y que como movimiento ha tenido, por tanto, diferentes etapas. Podríamos llamar ideal o norma a la

primera de estas etapas. Nos referimos a todos los esfuerzos secunlres de la reconquista española para cuajarse en la España unificada e Imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. Aquella España, unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica, un imperio cristiano, fué la España que dió la norma ideal a cuantas otras etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra historia.

La segunda etapa, la llamaríamos histórica o tradicionalista, o sea cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición Imperial y católica de los siglos XV al XVII. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de España se dió en el siglo pasado por las guerras civiles, cuya mejor explicación la vemos hoy en la lucha de la España ideal, representada entonces por los carlistas contra la España bastarda, afrancesada y europeizante de los liberales. Esa etapa quedó localizada y latente en las breñas de Navarra como embalsando en un dique todo el tesoro espiritual de la España del XVI. Y la tercera etapa es aquella que denominaremos presente, contemporánea, y que tiene a su vez diferentes esfuerzos sagrados y heroicos, al final de los cuales está el nuestro integrador. Primer momento de esta tercera etapa fué el régimen don Miguel Primo de Rivera, momento puente entre el pronunciamiento de los siglos XIX y la concepción orgánica de esos movimientos que en el mundo actual se han llamado fascistas o nacionalistas. El segundo momento, fecundísimo porque arrancaba de una juventud que habría puramente los ojos a nuestro mejor pasado, apoyándose en la atmósfera espiritual del tiempo presente, fué la formación del grupo llamado las JONS, Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, el cual fué pronto ampliado e integrado con la aportación de Falange Española y todo él asumido por la grandiosa figura nacional de José Antonio Primo de Rivera, que continuaba así dando vigor y dimensiones contemporáneas al noble esfuerzo de su padre e influyendo en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos, permanecieron hasta el 18 de julio y aun hasta hoy en agrupaciones también movidas por noble propósito patriótico.

Las fuerzas combatientes

Esta era la situación de nuestro movimiento en la tradición sagrada de España al estallar el 17 de julio. Instante ya histórico y fundamental en que todas las etapas, momentos y personas afluyeron para la lucha común. Ante todo Falange Española de las JONS, con un martirio, no por reciente menos santo y potente que los mártires antiguos e históricos, aportaba masas juveniles y propagandas recientes que traían un

estilo nuevo, una forma y heroica del tiempo presente y una promesa de plenitud española. Navarra desbordó el embalse acumulado tenazmente durante dos siglos, de aquella tradición española que no representaba carácter alguno local ni regional, sino, al contrario, universalista, hispánico e Imperial, que se había conservado entre aquellas peñas inexpugnables, esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse cantando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria. Otras fuerzas y elementos encuadrados en diferentes organizaciones y milicias también acudieron a la lucha. Todas estas aportaciones al 17 de julio, vértice decisivo para el combate final que aguardaba a nuestra historia, han luchado hasta ahora encuadradas en lo militar por los cuadros de mando de nuestro Ejército Glorioso y en lo político y civil por sus respectivos grupos, jefes y consignas.

Un doble ofrecimiento

Por tanto, en vista de las supremas razones ya expuestas; esto es, el enemigo en frente y la contera histórica de una integrada de todas las anteriores, nosotros decidimos ante Dios y ante la Nación Española dar cima a esta obra unificadora, obra unificadora que nos exigen nuestro pueblo y la misión por Dios a nosotros confiada, y para llevarla a cabo nosotros ofrecemos dos cosas: la primera que mantenemos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece, luchando lealmente contra toda bastarda y todo arribismo, queremos milites, soldados de la fe y no politicistas ni discutiidores; y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad quedan fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España.

El principal peligro del mundo

No queremos una España vieja y maleda, queremos un Estado donde la pura tradición y substancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heroicas, que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer Imperial de nuestro pueblo. Y ahora yo les diría a las naciones que, carentes de sensibilidad e invadidas de un materialismo destructor venden su prensa al oro de los rojos, entregan sus radiodifusoras a las propagandas criminales comerciando con los productos del robo y estrechan las manos de los saltadores y asesinos, que el enemigo mayor de los Imperios, que el más fuerte peligro para los países, no son los vecinos que un día lucharon noblemente en las fronteras o los que, resurgiendo de la vida internacional con pujanza no igualada, reclaman un puesto en el disfrute del mundo; ha nacido un peligro mayor que es el bolchevismo destructor, una revolución en marcha del comunismo ruso, el enem-

go que una vez arraigado es difícil vencer, el que derrumba imperios, destruye civilizaciones y crea esas grandes tragedias humanas que, como la española, el mundo contempla indiferente y que no acierta o no quiere comprender.

Se invoca en la propaganda roja la democracia, la libertad del pueblo, la fraternidad humana, tachando a la España Nacional de enemiga de tales principios; a esta democracia verbalista y formal del Estado liberal, en todas partes fracasada, con sus flociones de partidos, leyes electorales y vocacionalismo, plenos de fórmulas y convencionalismo que, confundiendo los medios con el fin, olvida la verdadera sustancia democrática, nos otros, abandonando aquella neocupación doctrinaria, oponemos una democracia efectiva, llevando al pueblo lo que le interesa de verdad, verse y sentirse gobernado en una aspiración de justicia integral, tanto en orden a los factores morales, cuanto a los económicos sociales, libertad moral al servicio de un credo patriótico y de un ideal eterno y libertad económica sin la cual la libertad política resultaba una burla, y a la explotación liberal de los españoles sucederá la racional participación de todos en la marcha al través de la función familiar, municipal y sindical.

Ejército y Universidad

Creemos una justicia y un derecho público, sin los que la dignidad humana no sería posible; formaremos un Ejército poderoso de mar, tierra y aire, a la altura de las virtudes heroicas tan probadas por los españoles, y reivindicaremos la Universidad clásica, que continuadora de su gloriosa tradición, con su espíritu, su doctrina y su moral, vuelva a ser luz lar de los pueblos hispanos. Este es el perfil del nuevo Estado, el que señalé en octubre del pasado año, y que vamos cumpliendo con paso firme y sin vacilaciones; el que es común a la mayoría de los españoles no envenenados por el materialismo o el marxismo, el que figura en el credo de la Falange española; el que encierra el espíritu de nuestros tradicionalistas, el que es factor común de los pueblos que, enterando un liberalismo engañoso, han orientado su política en caminos de autoridad, de enaltecimiento patrio y de justicia social; el que contiene nuestra historia española, tan pródiga en libertades efectivas con sus carias-pueblos, fueros y comunidades; el que atesora la doctrina católica que la totalidad de la Nación profesa.

En presencia de España

Cuando en un pueblo que se creía vencido surge un movimiento grandioso como el nuestro, cuando de los triturados restos de un Ejército se levanta el hoy potente y glorioso de nuestra causa, cuando se hace el milagro de cruzar por vez primera un Ejército los aires, cuando de la carencia absoluta de la marina se pasa con constancia y valentía y laboriosidad a dominar en el mar, cuando carentes de oro se sostiene el prestigio de nuestra

moneda, el crédito de nuestra zona y la abundancia y baratura es norma de la vida interior de nuestro pueblo, cuando se dan los casos de heroísmo individual y colectivo que el mundo admira y en cada combatiente hay un héroe y en cada prisionero un mártir, el optimismo más grande invade nuestro ánimo para gritar con orgullo: Esta es España y por último, a esa juventud heroica que en las trincheras lucha, a esos beneméritos soldados que en los frentes resisten alegres las inclemencias del invierno y dan con admirable desprendimiento su vida por España, les afirmo que sus sacrificios serán fecundos, y que la España que se forja en los duros golpes de los campos de batalla tendrá unidad y fortaleza, que nada dividirá a la España Nacional, que la estrecha unión de la juventud Española, generosa, noble, sin reservas, no ha de ser por nada ni por nadie desvirtuada, porque quien pretendiera romper este ordenado movimiento nacional, haciendo destacar una inquietud bastarda o queriendo beneficiarse de lo que tanta sangre cuesta había de tropezar con el patriótico viril de nuestra juventud y con el empuje de nuestros combatientes, que impondrían un severo castigo a toda fijeza o desunión en el camino de la Patria.

La fecundidad de los mártires

Yo os anuncio el patriotismo y la unión de todos los españoles, la unión más íntima en el servicio de la Patria, y proclamo que muy pronto, terminada la guerra y organizada España, estaréis orgullosos de llamaros españoles, cuando el prestigio de nuestra Nación la haga digna del respeto de las demás Naciones, cuando nuestros aviones crucen los aires y al mundo lleven el resurgir de España, cuando los españoles todos alcéis los brazos y elevéis los corazones en homenaje de la Patria, cuando en los hogares españoles no falte el fuego, el pan y la alegría de la vida, entonces podremos decir a nuestros caídos y a nuestros mártires: Vuestra sangre ha sido fecunda, pues de una España en trance de muerte, hemos creado la España que soñastéis, cumpliendo vuestro mandato y haciendo honor a vuestros heroicos sacrificios. Y en los lugares de la lucha donde brilló el fuego de las armas y corrió la sangre de los héroes, elevaremos estelas y monumentos en que grabaremos los nombres de los que con su muerte un día tras otro van forjando el temple de la nueva España, para que los caminantes y viajeros se detengan un día ante las piedras gloriosas y rememoren a los heroicos artífices de esta gran Patria española.

Españoles todos, con el corazón en alto: ¡Arriba España! ¡Viva España!

(Grandes aplausos que duran largo rato).

En nuestro número de mañana publicaremos el texto íntegro del decreto unificando las milicias del Requeté y Falange